

SUJETO Y ACCIÓN EN LA GEOGRAFÍA CULTURAL: EL CAMBIO SIN CONCLUIR

Vincent Berdoulay

Laboratorio SET (CNRS-UPPA)

RESUMEN

Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir.

El objetivo del artículo consiste en demostrar que la geografía cultural tiene que acentuar el cambio epistemológico de las ciencias humanas y sociales, que sitúa el papel activo del sujeto en el centro de las preocupaciones. Tras un repaso de las razones y condiciones de este cambio, su importancia destaca en relación con los nuevos campos que permite abrir y que atañen a la poética territorial.

Palabras clave: cultura, sujeto, epistemología, geografía cultural.

ABSTRACT

Self and action in cultural geography: an unfinished turn.

The objective of this article is to show that cultural geography should take more advantage from the epistemological turn which is affecting social and human sciences and which places the active role of the subject at the center of its enquiry. After a summary of the reasons for, and the conditions of, this turn, its prospects are underlined with respect to the new research fields which are thus opened and which are concerned with the production of territories.

Key words: culture, subject, epistemology, cultural, geography.

Fecha de recepción: febrero de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

Desde la formulación original recibida en el centro californiano de Berkeley, bajo el impulso de Carl Sauer, la geografía cultural no ha dejado de difundirse, dispersarse y abordar nuevas temáticas. Los cambios paradigmáticos y las divergencias en los puntos de vista que los acompañan, dan testimonio de la vitalidad de este aspecto de la geografía. De ello resulta una abundancia y riqueza considerables, de investigaciones realizadas en su nombre, hasta tal punto que últimamente se dedican mucho más a la pertinencia de un enfoque que a la constitución de una rama particular de la geografía (Claval, 1995). De este modo, aún conservando su preocupación clásica por el paisaje y los hechos materiales de civilización, se han dedicado con fuerza al estudio de lo simbólico, de la experiencia y del poder, haciendo eco, con frecuencia, de los movimientos post-modernistas y post-estructuralistas que atravesaron la disciplina geográfica. Pero, aún siendo sensible a estos movimientos, tan sólo integró unos pocos aspectos. Especialmente, el cambio epistemológico que los acompaña casi nunca recibió la atención que habría merecido.

El objetivo de este artículo es, precisamente, resaltar que, más allá de los temas de moda, este cambio conlleva implicaciones cuyo alcance no fue apreciado suficientemente y que, de hecho, permite prever una nueva fundación de la geografía cultural con el fin de estar mejor preparada para abordar los desafíos del mundo contemporáneo e incluso los del futuro. La idea central consiste en que la geografía cultural, aún conservando su apertura temática, tiene que emanciparse del peso ejercido por la mirada antropológica, en beneficio de un enfoque más dinámico, abierto, que explore la acción del hombre. Insistiré, especialmente, en la necesidad de tener totalmente en cuenta el papel del sujeto —un sujeto activo— en la disciplina de la geografía cultural, antes de medir el efecto que éste tiene sobre el estudio de campos relativamente nuevos, que tienen que ver con la poética territorial y que recuperan cuestiones como la del arte, el patrimonio, la política, o incluso la globalización.

CULTURA Y ACCIÓN

Se tiene conocimiento de la proximidad intelectual que mantenía el geógrafo Carl Sauer con el antropólogo Alfred Kroeber, hasta el punto de que incluso preveían fusionar sus dos departamentos de la Universidad de California, en Berkeley. Esta proximidad duró, en diferentes grados, pero con una relativa asimetría en su influencia mutua, favoreciendo una dependencia de la geografía frente a la antropología, más que a la inversa (Mikesell, 1978). La causa de tal situación me parece que está ligada a la prudencia de Sauer ante la investigación acerca del funcionamiento de la cultura, tarea que dejaba a sus colegas antropólogos, y que le llevaba a depender de algunas de las interpretaciones de éstos. Tomada al pie de la letra, esta restricción engendró, en la geografía, una relativa cosificación de la cultura, abordada en estos artefactos, así como una cierta visión estática de su estado.

La ambición de la antropología clásica por considerar la cultura como un todo, según la antigua exhortación de Tylor, se fue transformando, progresivamente, en una visión sistémica que, en lo fundamental, no cambió el punto de vista geográfico, incluso aunque multiplicase las interdependencias que intentaba alcanzar. En efecto, se puede reducir la visión sistémica a la idea del sistema cerrado y jerarquizado, aún cuando esta visión fue la que más frecuentemente retuvo la atención en los análisis geográficos, tanto más cuanto que éstos no se escapaban a la atracción de diferentes estructuralismos. Bajo el manto de la teoría de la

complejidad, resulta en efecto lícito pensar geográficamente en los sistemas como abiertos, incluso difusos, marcados por la contingencia, la emergencia y la auto-organización (Berdoulay y Phipps, 1985; Roux, 1999). Lo cual quiere decir que este enfoque, raras veces estudiado en geografía cultural, induce una concepción de la cultura donde se privilegian los lazos de unión, sin por ello hacer referencia al individuo que la lleva, la invoca, hace que exista y evolucione. Sin embargo, ¿acaso no es importante conjugar una concepción abierta de la cultura con su acepción como una actividad del sujeto? ¿Por qué el geógrafo debería dejar a un lado una dimensión esencial de la cultura, la de ser una actividad personal, la que hace corresponder un trabajo del sujeto acerca de sí mismo? Tan sólo una idea preconcebida, fuertemente marxista-estructuralista, podría aún permitirse el reducir esta dimensión en un privilegio de clase o en un simple instrumento de dominación por distinción social. Ahora bien, incluso si esta idea no es adoptada, la geografía cultural contemporánea no ha sacado partido plenamente de la crítica del estructuralismo.

Por una parte, el movimiento postestructuralista, al concentrarse en la crisis postmoderna de las representaciones, promovió el estudio de las múltiples formas en que el poder avanzaba para manipular los símbolos y perpetuarse (Cosgrove, 1985; Duncan, 1990). Por lo tanto, en este caso la perspectiva del sujeto no es tema central. Por otra parte, en otros trabajos, mucho más numerosos, la subjetividad centró mucho la atención (Tuan, 1977; Bonne-maison, 1986; Ortega Cantero, 1987; Berque, 2000). Tanto si el enfoque está inspirado en Heidegger, como si no, sitúa en el centro de la atención la experiencia del sujeto en su relación con el mundo (Berdoulay y Entrikin, 1998). De este modo, poniendo el acento en la experiencia y el sentido, tanto la geografía humanista, como la cultural, han tendido a confortarse mutuamente, e incluso a confundirse. Pero, desde este punto de vista, la propia noción de cultura pierde su pertinencia, se diluye en una perspectiva humanista más amplia. Sucede más o menos lo mismo con el sujeto activo, que trabaja para forjar su propia vida, mediante sus actos y el significado que les da, de manera que la dimensión de actividad personal que posee la cultura se encuentra huérfana de disciplina. Por lo tanto, ¿cómo restablecer esta reflexividad que caracteriza la actividad del sujeto, y en la cual se reenvía la noción de cultura? El reto es tanto epistemológico como conceptual (Berdoulay, 1999). Se pueden combinar elementos de respuesta.

La reflexividad en geografía cultural es, en primer lugar, aquella que el geógrafo tiene que conservar ante su propio discurso. La historia de las ideas le es de gran ayuda para evaluar el sentido de sus interpretaciones y juzgar la inventiva de las soluciones adoptadas. De hecho, es interesante subrayar que la enorme dedicación personal de Clarence Glacken en la reconstrucción de los múltiples cabos que se ataron para proporcionar las interpretaciones filosóficas y científicas de la relación entre la cultura y la naturaleza, fue arduamente apoyada en Berkeley por la figura tutelar de Sauer (Glacken, 1967). De un país a otro, el geógrafo se encuentra atrapado en un complicado juego de espejos que condiciona sus interpretaciones (Augustín y Berdoulay, 1997). El punto de vista crítico, que debe tomar como propio, muestra una exigencia que es a la vez científica y moral (Gómez Mendoza, 2002).

Pero no hay que limitar únicamente esta consideración de la reflexividad a la actividad del geógrafo investigador. Está extendida en todas las esferas de la sociedad, sea cual sea la época o el lugar. El mejor testimonio lo aporta el pensamiento mítico: este «objeto» de geografía cultural está igualmente marcado por una intensa actividad racional del sujeto, hasta tal

punto que no se puede disociar, en la práctica geográfica de las poblaciones llamadas tradicionales, el pensamiento mítico del pensamiento racional (Berdoulay y Turco, 2000). Así, hay que esforzarse en captar las manifestaciones de la reflexividad tal y como se desprende a nivel poblacional. Esta es la razón por la cual la creatividad cultural ha llamado la atención de los analistas.

Los geógrafos reúnen, desde hace tiempo, las huellas de las actividades llamadas culturales, es decir, de las actividades de la producción cultural reconocida como tal por una sociedad. De este ejercicio de apunte ya la geografía clásica había echado mano hace tiempo, dentro de la ecléctica categoría de «geografía cultural»: se trataba de anotar el reparto desigual de los lugares de producción y consumo culturales ligados a las letras y el ocio (Journaux *et al.*, 1996, pp. 1698-1716). A este enfoque de tipo inventario se opone la visión altamente interpretativa bajo el auspicio de la teoría neoestructuralista, pero donde la preocupación por el sujeto está marginada (Scott, 2000). Algo más sensibles con la creatividad de las personas, otros tipos de trabajos se centran en la emersión y la multiplicidad de las culturas diferentemente localizadas que se crean o se transforman constantemente en la sociedad contemporánea. Tanto si adoptan un cariz deportiva, como patrimonial o artística, estas culturas se despliegan, de forma privilegiada, en la ciudad actual, donde desempeñan un papel de redefinición de prácticas relativas a la identidad para aspirar a una mejor cohesión social (Augustin y Latouche, 1998). Pero el enfoque utilizado para dar cuenta de ello, se centra en los equipamientos colectivos y el grupo social, más que en el trabajo de la persona acerca de sí misma.

De este modo, la investigación geográfica sobre la creación cultural tiende a ser más social que cultural. Esto se puede observar tanto a escala regional como urbana (Augustin y Berdoulay, 2000; Grésillon, 2002). Aunque aspiran a captar mejor la creatividad de la obra en la sociedad, a reconocer la parte individual dentro de la creación y a situarse en una perspectiva dinámica, donde la cultura es un proceso dinámico, estos estudios geográficos se centran en el análisis de las localizaciones, los repartos y los contextos de los equipos culturales o de las producciones culturales. Se trata más bien de una geografía del hecho cultural que de una geografía cultural (como admite Grésillon, 2002, p. 51). La creatividad sólo es abordada por su resultado, las creaciones culturales. La perspectiva del analista es, de este modo, exterior a la realidad, perdiendo así todo lo que la consideración de la subjetividad le podría aportar para la comprensión de la creatividad cultural. En resumen, incluso si se restringe la investigación a las producciones culturales de tipo artístico, la parte del sujeto activo en el proceso de creación se le sigue escapando al geógrafo. Sólo a costa de la profundización en la crítica postestructuralista se pueden abrir las vías para alcanzar, en un mismo movimiento, la creación como producto y la creación como acción. El reintroducir al sujeto en el centro de las preocupaciones representa un cambio que los geógrafos no concluyeron y que se basa en una nueva evaluación de los fundamentos epistemológicos y teóricos de sus análisis (Berdoulay y Entrikin, 1998).

De este modo, la voluntad de tener en cuenta al sujeto como ser autónomo y activo, va más allá de la simple recopilación de las representaciones que éste produce. Tampoco se trata de un individuo que realiza en su comportamiento lógicas que son externas a él, que no dejaría de aplicar —tanto si esas lógicas son de orden económico, relativas a la identidad o medioambientales—. Debe transigir ante las contradicciones generadas por estas lógicas;

tiene que asumir las tensiones que le son impuestas y establecer su propia línea de conducta. Por otra parte, de manera general, se puede adelantar que es posible captar la cultura en términos de tensión, especialmente relacionándola con el trabajo del sujeto sobre sí mismo, para que su vivencia cotidiana sea compatible con los valores más universales (Dumont, 1968). El mundo contemporáneo no ha hecho más que ampliar las tensiones que tienen como fuente las multipertenencias y la fragmentación correlativa de los espacios de referencia. Estas fuentes de tensión exigen una inversión acentuada por parte del sujeto. Él es quien tiene que dar coherencia a su mundo y, de igual manera, construir y reconstruir su identidad. Ya no es posible estudiar por separado el sujeto, la cultura y el espacio. Es por ello que se puede actualizar la noción de lugar, para no disociarlos y captarlos en un mismo movimiento. Mediante la resolución de las tensiones tenemos una cofabricación del sujeto y del lugar. Cultura y acción se encuentran inscritas en la misma dinámica. La acción no es un resultado de la cultura, al contrario, se lleva a cabo en y por la cultura.

Así pues, la cultura tiene que alejarse de dos tropismos, y más aún de su superposición. El primero es el de la extensión territorial (principio de contigüidad), mientras que el segundo es el de la cultura considerada como un dato relativamente estático (principio de continuidad). El lugar como espacio de actividad creadora del sujeto ayuda, por lo tanto, a reformular el enfoque de la geografía cultural: ésta tiene que anclarse en la creatividad del sujeto, en la actividad cultural del sujeto que fabrica un lugar. De este modo, la ayuda a distanciarse de ciertos temas que han tendido a encerrarla en cuestionamientos que no llevan a nada. Se sabe, en particular, que el culturalismo, el cual explica comportamientos por pertenencia a una cultura concreta, ha sido combatido al determinismo que implica. Ahora bien, existe una preocupación actual que conduce a un escollo análogo: se trata del interés por las identidades culturales. La ola postmodernista, en la búsqueda de la defensa de las minorías y la promoción de una política del reconocimiento (Taylor, 1992), contribuyó al movimiento que tiende a tomar como acervo la existencia de culturas particulares. Aún cuando éstas no sean las intenciones, la cultura es tratada como un todo, lo que recuerda el antiguo enfoque antropológico e infravalora el voluntarismo cuya cultura también ser importante. La identidad puede servir de intereses que están muy alejados de la cultura como ejercicio personal (Bayart, 1996). Separada de la identidad del sujeto y de su cofabricación del lugar, la identidad se convierte en una noción que devuelve a la geografía cultural a sus clásicos callejones sin salida.

Por contra, la perspectiva simultánea del sujeto y el lugar en la actividad cultural permite integrar correctamente el fenómeno de la alteridad (Rodman, 1992; Laplantine, 1999). Esta cuestión, igualmente valorizada por la crisis actual de la modernidad, se plantea para criticar el dominio hegemónico de la cultura moderna bajo el precio de una revalorización de las demás identidades. Acechada por el peligro de que se apoye en un componente esencialista de la cultura, la cuestión de la alteridad lo tiene todo para salir ganando de la perspectiva anteriormente comentada. Precisamente porque la alteridad es una fuente de tensiones, entra de lleno en los procesos de construcción del sujeto y de su lugar. De hecho, se plantea una cuestión de carácter más general en relación con este tema: la de la comunicación y de aquello que la hace posible, el lenguaje y el discurso.

Se ha observado que los lugares se manifestaban no sólo en el discurso de los geógrafos y de los habitantes, sino también en su mediación (Berdoulay, 1988 y 1989; Entrikin, 1991; Tuan, 1991; Brosseau, 1986). Este procedimiento discursivo, y sobre todo narrativo de los

lugares, es totalmente cultural: sitúa al sujeto en el centro de las preocupaciones, puesto que es éste el que resuelve las tensiones a las que está sometido, fabricando sus propias síntesis, fruto del tejido de los múltiples lazos que ha podido entablar entre sus aspiraciones y los elementos pertinentes de su entorno natural y humano. La competencia discursiva y las cualidades narrativas son buena muestra de la actividad cultural del sujeto. La geografía cultural, una disciplina anclada en la reflexividad del sujeto, se convierte también en una disciplina de la acción.

Concebida de este modo, la geografía cultural se abre a nuevos campos de investigación. Entre ellos insistiré, en este caso, en las perspectivas, todavía mal extendidas, que se diseñan con respecto al arte en particular y a la poética territorial en general.

POLÍTICA TERRITORIAL

A la luz de lo que precede, la geografía cultural nos conduce, al menos parcialmente, hacia la política territorial, es decir, hacia la fabricación consciente de lugares que tengan cierta estabilidad en sus formas espaciales. Esta fabricación, tanto si es encargada a profesionales como si no, se basa en el hecho de cuestionarse el punto de vista que se tenía del mundo antes de concebir la acción.

Ahora bien el arte, ámbito de actividad y creación cultural por excelencia, sirve como revelador de los procesos poéticos que conforman los lugares. En el libro II del *Kosmos* encontramos los elementos de la genealogía artística sobre la concepción que tenía Alexandre von Humboldt del cuadro. A través de su revisión de las grandes contribuciones de los pintores paisajistas, Humboldt demuestra que actúa, como sabio, de forma análoga: recopila los elementos característicos, que estudia con detalle en el campo, y a continuación los recompone en un cuadro que permite captar la fisionomía de conjunto del paisaje que le interesa —es un paso que ilustra perfectamente hasta qué punto su conocimiento científico y su emoción estética van a la par (Saule-Sorbé, 2003).

Esta presencia activa del sujeto se manifiesta, igualmente, en otros geógrafos. Entre éstos, el caso de Franz Schrader es ejemplar. No sólo demostró tener una gran inventiva técnica para poner a punto los instrumentos necesarios con los que cumplir sus objetivos de reconocimiento cartográfico de los Pirineos centrales, sino que inscribió su teoría científica en estrecha complementariedad con la teoría artística. Pintor y geógrafo, no cesó de favorecer el enriquecimiento mutuo de las dos disciplinas. Frente a las teorías artísticas de la época buscó, especialmente, la forma de desprenderse del peso de la perspectiva en favor de una rigurosa instrumentalización de la movilidad de la mirada ejercida por el sujeto observador para caracterizar los lugares (Berdoulay y Saule-Sorbé, 1998). Exploró, además, unos tipos de representaciones pictóricas que pudieran ayudarle a captar los ambientes del medio natural que la teoría científica clásica todavía no le permitía acercarse (Berdoulay y Saule-Sorbé, 1999; Berdoulay, 2000).

En general, se sabe que el desplazamiento que engendra la movilidad de la mirada ha favorecido la formación de lugares, e incluso de altas esferas, tal y como lo ha demostrado, ampliamente, la experiencia de los viajeros, exploradores, científicos o turistas. Pero esta movilidad al tiempo que revela tantas cosas nuevas, ha podido inmovilizar las representaciones (Gómez Mendoza, Ortega Cantero y otros, 1988; Lasserre, 1995; Martínez de Pisón,

1998). Hablamos de la gran fuerza de algunos geógrafos, al haber sabido hacer variar la distancia hasta el objeto, un poco a la manera de Schrader, así como de haber sabido asociarle el lector para hacerle entender la complejidad de los lugares, al estilo de Vidal de la Blache (Laplace-Treytore, 1998). El sujeto, analista o lector, está por lo tanto implicado en la construcción de la mirada que conforma los lugares. La representación, la imagen, no puede ser abordada independientemente de los procesos cognitivos que la componen. Se sabe que una geografía cultural poco sensible al papel activo del sujeto, se enfocó en el condicionamiento social de la iconografía del paisaje —y de manera particular en las determinaciones ideológicas y los juegos de poder— (Cosgrove y Daniels, 1988); pero hay otra visión que consiste en desmontar estas imágenes para recoger los modos de construcción y los procesos cognitivos que la han producido. Esta llamada a la parte activa del sujeto que concibe y construye nos lleva directamente a la posibilidad de una concepción proactiva de la geografía cultural.

El ejemplo de las políticas patrimoniales permite subrayar, de este modo, hasta qué punto la cultura está demandada en su parte dinámica. El patrimonio no es un elemento de una cultura anclada en el pasado, sino que entra en un movimiento cultural basado en la búsqueda de recomposiciones, reordenaciones del territorio: «hay novedad, innovación e incluso creación por parte del patrimonio» (Degremont, 2000, p. 66). A este respecto, seguimos viendo que la cultura no se puede limitar a un dato, heredado o actual. Ciertamente, por una parte, es un enorme almacén, un patrimonio en el propio sentido de la palabra, tanto ideal como material o biofísico; pero al mismo tiempo, también incluye algo vivo, algo que se trabaja, algo sobre lo cual la acción del sujeto es inevitable, indispensable. El patrimonio es uno de los puntos de apoyo que le permiten al sujeto redefinirse y, por lo tanto, redefinir el lugar e incluso aportarle, bajo una perspectiva ordenadora, las nuevas condiciones de desarrollo.

Con esto se llega al tema de la refundación territorial, proceso de reinversión del espacio local por una recomposición de las territorialidades (Despin, 2003). El patrimonio entra fácilmente en el proceso, puesto que su recalificación se inscribe en la necesaria reformulación del sentido y de la forma del espacio. Los estudios de casos llevados a cabo en los Pirineos centrales, espacios marginados por la *metropolización* y la globalización, demuestran que el artesano de la refundación territorial se corresponde perfectamente con el sujeto en busca de autonomía y deseo por crear las condiciones de su existencia: «liberado de las cargas de la tradición, [él] reivindica su pertenencia local sin adoptar las actitudes de repliegue de la identidad o de cerrazón cultural, característicos de ciertos movimientos comunitarios, nacionalistas o fundamentalistas» (*ibid.*, p. 221). La refundación territorial, para reunir las condiciones del éxito, pasa por el trabajo del sujeto sobre lo que lo funda a sí mismo: la cultura y el lugar.

Es esta parte de reflexión y de creatividad del sujeto lo que la cultura demanda, y que puede servir, precisamente, para fundar la acción en términos de ordenamiento o de desarrollo local. El urbanismo barcelonés hizo un uso ejemplar de ello al acabar la era franquista (Berdoulay y Morales, 1999). Con el objetivo, sobre todo, de crear un sentimiento de unidad de la ciudad y, al mismo tiempo, de promover la reestructuración de los barrios, el urbanismo se centró en microintervenciones en el espacio público, con la esperanza de que éstas impulsasen transformaciones en su entorno. Ahora bien, estos ordenamientos de plazas, calles o jardines públicos, necesitaron de una fuerte participación de artistas mediante la producción de obras de arte, especialmente esculturas, o mediante su participación en la concepción general del lugar. Jugando, igualmente, con el aspecto provocador que el arte posee, con su

potencial de recomposición del espacio o con su lado evocador, estas intervenciones estimulan la reflexión del ciudadano o del visitante. Los artistas no dudan en sacar partido de lo que precisamente permite aportar la cultura como actividad personal: una interrogación, una reflexión, un trabajo sobre sí mismo y su relación con el mundo. La ejemplaridad del urbanismo barcelonés fue, además, ampliada por la habilidad de los diseñadores al jugar tanto con los referentes culturales particulares de los habitantes, como con la apertura hacia lo universal.

De hecho, es este doble anclaje —particular y universal— de la actividad cultural el que le aporta toda su fuerza y pertinencia para el ordenamiento del espacio público. En efecto, la exigencia de accesibilidad y apertura hacia la alteridad sobre la que se basa el espacio público no debe, como muchos han afirmado, excluir el recurrir a la cultura con todo lo que ésta puede divulgar a nivel de particularismos. Concebida como una actividad del sujeto, que conoca la tensión entre lo particular y lo universal, la cultura representa, de hecho, un componente indispensable del buen funcionamiento del espacio público (Berdoulay, Castro y Gomes, 2000). La geografía cultural está totalmente lícitada, tanto por su consideración de las particularidades sociales o medioambientales, como por su preocupación por la cofabricación del sujeto y el lugar. La atención dirigida hacia las formas, la morfología del paisaje ordenado, en la medida en que ésta incorpora este enfoque de la cultura, desemboca, pues, en la motivación de la ciudadanía como parte activa en los asuntos de la ciudad (Borja y Muxí, 2001).

De manera más general, a la geografía cultural, centrada una vez más en la actividad del sujeto, le conviene cruzar sus problemáticas con las de la geografía política. En efecto, lo cultural y lo político mantienen relaciones que, si son mal concebidas, pueden conducir a lo contrario de la democracia, la pertenencia a una cultura particular que puede servir para excluir a las demás, o a la inversa, la invocación de una cultura llamada universal que sirve para dominar a aquellas que no lo son tanto. Como consecuencia de estos procesos, se ha combatido con frecuencia el nacionalismo o el internacionalismo de algunos grupos, puesto que denegaban la participación democrática de todos. Muchos de los conflictos actuales se corresponden con estas posturas (Berdoulay, 2002). Se ha podido constatar hasta qué punto los discursos sobre la democracia conllevaban, aunque de manera poco explícita, preocupaciones espaciales (Entrikin, 2000). En definitiva, la aceptación de las tensiones entre lo universal y lo particular, así como su consideración en una concepción geográfica de la cultura dirigida hacia la actividad del sujeto, permiten pensar en una mejor construcción democrática de la sociedad contemporánea.

Por otra parte, al no poder esquivar la cuestión de la relación íntima entre sujeto, cultura y lugar, tanto la democracia como la participación ciudadana, formuladas con demasiada frecuencia en términos geográficos, tienen muchas dificultades para adaptarse a los desafíos contemporáneos. Esto tiene que ver, por ejemplo, con la organización territorial de una vida política sometida a una concepción hegemónica de una cultura particular, como es el caso de la cultura angloamericana frente a los quebequeses (Dupont, 1996). Pero el problema se extiende a escala planetaria, como demuestran los conflictos generados por la ideología de la globalización. Ésta se corresponde con un discurso fuertemente metonímico, por el cual, fenómenos particulares ligados principalmente a ciertos sectores de la economía y las finanzas, en territorios concretos, son considerados como generales e incluso universales. Eviden-

temente, esta universalidad se ve fuertemente combatida, aunque sólo sea por el hecho de que los fenómenos invocados son parciales y están localizados. Pero también es cierto que el discurso de la globalización se salta las dinámicas locales, tanto si son económicas, como políticas o culturales, y permanece alejado de las aspiraciones humanas por conservar, al mismo tiempo, el sentimiento local de pertenencia y la apertura hacia el mundo (Allen y Massey, 1995; Tuan, 1996). La pertinencia de la geografía cultural es tanto más grande cuanto que es necesario aclarar la articulación de las múltiples escalas espaciales a las que recurre el sujeto para actuar y participar en la construcción de su mundo.

CONCLUSIÓN: UNA CIENCIA MORAL Y POLÍTICA

La geografía cultural, fuerte por sus antiguas y estrechas relaciones con la visión antropológica de la cultura, no siempre sacó el máximo partido del cambio epistemológico y teórico que se dibujó en las ciencias humanas y sociales desde la oposición de los enfoques estructuralistas. Sin embargo, este cambio tiene que ver totalmente con ella. Permite volver a centrar el enfoque cultural sobre esa dimensión de la cultura, demasiado olvidada, que se corresponde con una actividad de construcción de sí misma. Ésta, tal y como se acaba de explicar, se lleva a cabo por la interacción con el medio en el que, con el que y para el que vive la persona. E incluso a la sombra de la globalización, la geografía cultural así concebida conserva toda su dimensión.

El enfoque cultural, por el hecho de conservar el acto de la reflexión y los valores, está abierto a la acción, la de las poblaciones como la del especialista. Con respecto a ello, la geografía cultural es una ciencia de la acción. Este basculamiento de la perspectiva surge de la disciplina del gueto intelectual en el que estaba encerrada, y le permite enfrentarse a los desafíos del mundo contemporáneo. En este sentido, y por utilizar antiguos términos, aunque de connotaciones tan pertinentes, le permite a la geografía retomar toda su dimensión de ciencia moral y política.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, J. y MASSEY, D., eds. (1995): *Geographical worlds*. Oxford, Oxford University Press.
- AUGUSTIN, J.-P. y BERDOULAY, V., eds. (1997): *Modernité et tradition au Canada*. Paris, L'Harmattan.
- AUGUSTIN, J.-P. y BERDOULAY, V. (2000): «Cultures vivantes: variations et créativité culturelles en région». *Sud-Ouest européen*, n° 8, págs. 1-4.
- AUGUSTIN, J.-P. y LATOUCHE, D., eds. (1998): *Lieux culturels et contextes de ville*. Talence, Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.
- BAYART, J.-F. (1996): *L'illusion identitaire*. Paris, Fayard.
- BERDOULAY, V. (1988): *Des mots et des lieux*. Paris, Ed. du CNRS.
- BERDOULAY, V. (1989): «Place, meaning, and discourse in French language geography» en J. Agnew y J. Duncan, eds., *The power of place*, Londres, Unwin Hyman, págs. 124-139.
- BERDOULAY, V. (1999): «Géographie culturelle et liberté» en J.-R. Pitte y A.-L. Sanguin, eds., *Géographie et liberté*, Paris, L'Harmattan, págs. 567-573.

- BERDOULAY, V. (2000): «Le milieu, entre description et récit; De quelques difficultés d'une approche de la complexité» en V. Berdoulay y O. Soubeyran, eds., *Milieu, colonisation et développement durable*, Paris, L'Harmattan, págs. 25-37.
- BERDOULAY, V. (2002): «Per una geografia politica e culturale in Algeria e altrove». *Terra d'Africa*, n° 11, págs. 255-260.
- BERDOULAY, V. y ENTRIKIN, J.N. (1998): «Lieu et sujet. Perspectives théoriques». *L'Espace géographique*, n° 2, págs. 75-89.
- BERDOULAY, V. y MORALES, M. (1999): «Espace public et culture: stratégies barcelonaises». *Géographie et cultures*, n° 29, págs. 25-42.
- BERDOULAY, V. y PHIPPS, M., eds. (1985): *Paysage et système*. Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa.
- BERDOULAY, V. y SAULE-SORBÉ, H. (1998): «La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schrader à la croisée de l'art et de la science». *Finisterra*, n° 65, págs. 39-50.
- BERDOULAY, V. y SAULE-SORBÉ, H. (1999): «Franz Schrader face à Gavarnie, ou le géographe peintre de paysage». *Mappemonde*, n° 3, págs. 33-37.
- BERDOULAY, V. y TURCO, A. (2000): «Mythe et géographie, de l'opposition aux complémentarités». *Cahiers de géographie du Québec*, n° 126, págs. 339-345.
- BERDOULAY, V., CASTRO, I. y DA COSTA GOMES, P. (2000): «L'espace public entre mythe, imaginaire et culture». *Cahiers de géographie du Québec*, n° 126, págs. 413-428.
- BERQUE, A. (2000): *Écoumène*. Paris, Belin.
- BONNEMAISON, J. (1986): *La dernière île*. Paris, Arléa.
- BORJA, J. y MUXÍ, Z. (2001): *L'esspai públic: ciutat i ciudania*. Barcelona, Diputacion de Barcelona.
- BROSSEAU, M. (1996): *Des romans-géographes. Essai*. Paris, L'Harmattan.
- CASTI, E. y TURCO, A., eds. (1998): *Culture dell'alterità*. Milano, Unicopli.
- COSGROVE, D.E. (1985): *Social formation and symbolic landscape*. Totowa, Barnes and Noble.
- COSGROVE, D.E. y DANIELS, S., eds. (1988): *The iconography of landscape*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CLAVAL, P. (1995): *La géographie culturelle*. Paris, Nathan.
- DEGRÉMONT, I. (2000): «Une année d'aménagement du patrimoine à Bordeaux entre mise en scène et mise en débat». *Sud-ouest européen*, n° 8, págs. 65-73.
- DESPIN, L. (2003): *La refondation territoriale: entre le monde et le lieu*. Paris, L'Harmattan.
- DUMONT, F. (1968): *Le lieu de l'homme*. Montréal, HMH.
- DUNCAN, J. (1990): *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyan kingdom*. Cambridge, Cambridge University Press.
- DUPONT, L. (1996): «La logique continentale nord-américaine et ses avatars: le regard culturel et la géographie». *Géographie et cultures*, n° 17, págs. 7-30.
- ENTRIKIN, J.N. (1991): *The betweenness of place*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- ENTRIKIN, J.N. (2000): «Le langage géographique dans la théorie démocratique» en J. Lévy y M. Lussault, eds., *Logiques de l'espace, esprit des lieux*. Paris, Belin, págs. 189-199.
- GLACKEN, C.J. (1967): *Traces on the Rhodian shore*. Berkeley, University of California Press.

- GÓMEZ MENDOZA, J. (2002): «Disidencia y geografía en España». Documents d'anàlisi geogràfica, n° 40, págs. 131-152.
- GÓMEZ MENDOZA, J., ORTEGA CANTERO y otros (1988): Viajeros y paisajes. Madrid, Alianza Editorial.
- GRÉSILLON, B. (2002): Berlin métropole culturelle. Paris, Belin.
- JOURNAUX, A., DEFFONTAINES, P. y DELAMARRE, M. J.-B., eds. (1966): Géographie générale. Paris, Gallimard.
- LAPLACE-TREYTURE, D. (1998): «Écriture savante et relation au voyage». Finisterra, n° 65, págs. 75-82.
- LAPLANTINE, F. (1999): Je, nous et les autres. Paris, Le Pommier-Fayard.
- LASSERRE, A. (1995): «Préconnaissance ou méconnaissance» en V. Berdoulay, ed., Les Pyrénées, lieux d'interaction des savoirs (XIXe-début XXe s.). Paris, CTHS, págs. 114-121.
- MIKESELL, M.W. (1978): «Tradition and innovation in cultural geography». Annals of the Association of American geographers, n° 68, págs. 1-16.
- RODMAN M.C. (1992), «Empowering place: multilocality and multivocality». American anthropologist, n° 94, págs. 656.
- ROUX, M. (1999): Géographie et complexité. Les espaces d'ela nostalgie. Paris, L'Harmattan.
- SAULE-SORBÉ, H. (2003): «Le rappresentazioni dell'Kilimandjaro». Terra d'Africa, n° 12, en prensa.
- SCOTT, A.J. (2000): «L'économie culturelle de Paris». Géographie, économie, société, n° 2, págs. 289-312.
- TAYLOR, C. (1992): Multiculturalism and «The Politics of Recognition». Princeton, Princeton University Press.
- TUAN, Y.F. (1977): Space and place. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- TUAN, Y.F. (1991): «Language and the making of place: a narrative-descriptive approach». Annals of the Association of American geographers, n° 81, págs. 684-696.
- TUAN, Y.F. (1996): Cosmos and hearth. Minneapolis, University of Minnesota Press.

